

*En aquel tiempo, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Este es el Cordero de Dios». Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». Él les dijo: «Venid y veréis». Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)». Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro)».*

En estos versículos, vemos a Juan el Bautista señalando a Jesús como el Cordero de Dios. Dos de sus discípulos, al oír estas palabras, se sienten atraídos y deciden seguir a Jesús. Este encuentro es profundo y simboliza la respuesta a una llamada divina.

Nos enfrentamos a la maravillosa realidad de que, así como Juan y Andrés respondieron a la llamada de Jesús, también nosotros somos llamados de manera personal por nuestro Salvador. Este llamado no se limita a aquellos que vivieron en la época de Jesús, sino que resuena a lo largo de los siglos hasta alcanzar nuestros corazones hoy.

¿Cómo respondemos nosotros a esta llamada?

La primera lección que podemos extraer de este pasaje es la prontitud de la respuesta. Juan y Andrés no dudaron ni vacilaron; dejaron todo y siguieron a Jesús. En nuestras vidas, a veces nos enfrentamos a la tentación de posponer nuestra respuesta al Señor.

Además, observemos la curiosa pregunta que Jesús les hace a los discípulos: "¿Qué buscáis?". No es una simple cuestión de búsqueda de algo, sino una invitación a reflexionar sobre el propósito más profundo de sus vidas. Igualmente, Jesús nos hace esa misma pregunta hoy: "¿Qué buscamos?". ¿Estamos buscando verdaderamente a Dios en nuestras vidas diarias, o nos dejamos atrapar por las distracciones del mundo?

Finalmente, notemos la importancia de compartir lo que hemos encontrado. Andrés, después de encontrarse con Jesús, va inmediatamente a su hermano Simón y le dice: "Hemos encontrado al Mesías". Así, nuestra experiencia personal con Cristo nos impulsa a compartir la buena nueva con aquellos que nos rodean.

En cada Eucaristía, antes de la santa comunión, la iglesia nos presenta al mismo Cristo ante nuestros ojos: "Este es el Cordero de Dios". Más allá de los ritos, de las oraciones, de las predicaciones, de los argumentos... la Eucaristía, la oración ante el Santísimo, la Adoración Perpetua, son los lugares más privilegiados de la tierra del "Venid y veréis" de Jesús.

Pidamos a la Virgen Santísima y a San José experimentar la intimidad con Jesús de tal manera que podamos seguirle con todo el corazón, con toda la mente y con toda el alma.